

E. MIRET MAGDA LENA

AMERICA, con sus dimensiones, resulta siempre la pantomima caricaturesca del resto de Occidente, de eso que falsamente se ha llamado la civilización cristiana.

Mirar a ese país en observador siempre es interesante, porque hemos de encontrar en él y en la profusión de sus actitudes diversas algo que también nosotros vivimos o estamos a punto de vivir.

El Concilio fue para los católicos de todo el mundo un revulsivo que ha tardado más o menos tiempo en comenzar a hacer efecto. Pero en el tradicional, rígido y cerrado catolicismo americano, el impacto que produjo el Vaticano II fue muy parecido al de una bomba que estalla en medio de una pacífica reunión de gente conservadora. El resultado fue una especie de desconyuntamiento general de los esquemas, ideas, costumbres y estructuras que eran características de los católicos americanos, y que parecían tan firmes, que nunca iba a producirse cambio alguno en ellas.

En los demás países, la situación era de tono general conservador entre los católicos, unas veces más moderado que el americano y otras incluso tan rígido o más que él. Había países de excepción, como Francia, cuyo catolicismo parecía avanzado, porque en el general concierto conservador de los católicos de todo el mundo, ellos se plantearon siempre los problemas actuales y los intentaron encauzar con equilibrio. Y el equilibrio hacia figura de avance, en relación con las posturas conservadoras generalizadas en el catolicismo de este siglo.

Sólo hubo un brote a principios de esta centuria, que se llamó "modernismo". Pero este brote fue acallado casi brutalmente por la Curia romana, siendo vehículo de este aplastamiento un Papa bueno y santo, pero con poca intuición de los problemas culturales y humanos del futuro. Pío X publicó el decreto *Lamentabili*, en el cual apenas nadie que pensase con independencia se salvaba. Desde entonces las compuertas estuvieron cerradas en el catolicismo, casi hasta que llegó el Concilio Vaticano II, en donde, como quería Juan XXIII, se abrieron las ventanas para respirar aire puro y renovador.

Pero la situación de restricción coactiva y de temor a la heterodoxia que se creó con motivo de la condenación violenta del "modernismo", desapareció casi instantáneamente en algunos grupos católicos, produciéndose la reacción contraria.

Y no debíamos asustarnos por ello, como hacen algunos obispos "tradicionales", en nuestro país y fuera de él, y ciertos grupos conservadores en lo religioso que quieren seguir detentando el marchamo único de ortodoxia.

Pienso que para que exista una renovación, la mayor parte de las veces tenemos que pasar por una crisis intermedia, sobre todo cuando la situación anterior era excesivamente restrictiva. Y eso es lo que nos ha pasado a los católicos. Por ejemplo, en el siglo pasado el Cardenal Newman se sorprendía de que hubiera menos libertad intelectual en el catolicismo durante ese siglo que en la propia Edad Media. Habíamos llegado a una situación que sólo podía conducir al agotamiento o al estallido. Y esto último es lo que ha ocurrido en

casi todos los países católicos con mayor o menor rapidez.

El Padre Andrew Greeley, uno de los mejores sociólogos que hay en Norteamérica, profesor de la Universidad de Chicago y director de estudios del National Opinion Research Center, acaba de hacer un diagnóstico preciso de la situación del catolicismo americano, que no es sino un avance de lo que está pasándole al catolicismo en otros países como el nuestro.

"El catolicismo americano —dice el Padre Greeley— atraviesa un período de agotamiento emocional. Poderosas corrientes de excitación, de esperanza, de desánimo, de entusiasmo, de frustración y de amargura han barrido toda la Iglesia". Ha sido como un oleaje inesperado que irrumpiera por encima de los creyentes y los envolviera en un movimiento violento y casi caótico.

Pero una vez pasado el momento álgido, ha venido la calma; una calma muy peligrosa, porque puede hacernos caer en el cansancio definitivo o en el escepticismo sin remedio.

DEL MARASMO A LA RENOVACION

Si observamos nuestro país, tanto en el aspecto religioso como en muchos aspectos humanos de nuestra sociedad, estamos desembocando en algo que se parece mucho a ese cansancio o a ese escepticismo. Y se hace necesario analizar con valentía esta actitud de ánimo para poder superarla, si no queremos llegar a una situación imprevisible, pero nada buena para el hombre del siglo XX.

"Ahora —sigue diciendo el Padre Greeley— hemos gastado nuestra energía; estamos los católicos fatigados de controversias y del ciclo de exaltación que marcó estos últimos años". Miremos a nosotros mismos y nos daremos cuenta también de que en muchos aspectos, y desde luego en el religioso, los españoles estamos en ese punto.

Hablando sólo de los problemas específicamente religiosos dice este sociólogo: "Ya no somos capaces de preocuparnos de lo que el Papa o la jerarquía de nuestro país o incluso nuestro propio obispo dicen o hacen. Estamos cansados de leer y de escribir, cansados de los obispos, de los antiguos sacerdotes, de las nuevas religiosas, de los revolucionarios al uso del ruido, de las protestas, de las amenazas, y de la confrontación y el diálogo. Se ha llegado a un punto en que lo único que pedimos es que se nos deje tranquilos".

Es ésta una visión realista de lo que le ha pasado al catolicismo americano, y está empezando también a manifestarse claramente entre nosotros los españoles. Nos importa muy poco si en la Misa se usan guitarras o no, si se habla en castellano o en latín, si los curas van vestidos como los hombres de la calle, o siguen llevando el mal llamado 'clergyman' o la sotana. En una palabra: los que todavía tenemos fe personal ponemos nuestro interés y nuestro deseo en otra cosa. Estos cambios superficiales, este ruido que apenas ha servido de gran cosa, no nos dice nada ni a nosotros y —lo que es más grave— tampoco a nuestros hijos.

Por eso de una vez tenemos que reconsiderar nuestra situación con luminosidad, con brutal franqueza, y darnos cuenta dónde estamos para fomentar, el que la tenga, nuestra fe, limpia de adornos y envolturas artificiales que la ahogan, aunque esos adornos y esas envolturas se presenten con el atractivo de la modernidad.

No nos olvidemos que este final del siglo XX es decisivo para todo, en el hombre y en la sociedad humana, y podemos pasar de un mundo donde el pensamiento era infantil hace unos años, y ahora es adolescente, a un mundo que sea de verdad adulto, o —por el contrario— a una sociedad en donde todos seamos autómatas satisfechos en nuestro embotamiento personal y colectivo.

El cristianismo debería tener que decir algo en esta situación. Pero, desgraciadamente, ni los fieles ni nuestros dirigentes espirituales han mirado con suficiente profundidad a ellos mismos para darse cuenta de esta ridícula postura de agotamiento emocional en que vivimos todavía, y de la cual hemos de salir como hombres hechos y derechos, sin temor a un futuro nuevo que debemos construir con responsabilidad y sin atarnos a ninguna de las recetas que hasta ahora habían sido más o menos útiles para vivir como niños o como adolescentes.

El hombre tienen en sí mismo capacidad suficiente para superar los problemas exteriores y autosuperarse a sí mismo. Basta que leamos las conclusiones antropológicas del Profesor Ashley Montagu para que comprendamos el círculo de hierro en que se encuentran atezadas esas cualidades espontáneas y evolutivas del ser humano, y que sólo están pidiendo que nos percatemos de ello y obremos en consecuencia para abrir así una perspectiva nueva.

El cristiano, en vez de atender a las recetas y a las fórmulas rígidas, tendrá que acostumbrarse a confiar más en la fuerza impulsiva y constructora que todo hombre de buena fe y todo creyente sincero llevan dentro de sí mismos. Y analizando lo más científicamente posible, ir ensayando con valentía y sin prejuicios la apertura a un mundo nuevo cuyas características desconocemos, pero que iremos construyendo vitalmente más que mirando hacia atrás, a lo que siempre se hizo.

Así es como podremos pasar del marasmo infantil a la verdadera renovación. Si no, nuestra perspectiva será el cansancio o el escepticismo de quienes se entregan al automatismo de las circunstancias.